

PRÓLOGO

Un día habrá que releer la historia del siglo xx a través del prisma del exilio. El exilio social y político, pero también y sobre todo el intelectual. Si el siglo que apenas acaba debe ubicarse bajo el signo de la mundialización —no la globalización del mercado, la única de la que hoy se habla, sino la unificación cultural del planeta relacionada con la circulación de los hombres y de las ideas—, los exiliados han sido, sin duda alguna, sus representantes más nobles. Preocupados por salvar su cultura frecuentemente amenazada por regímenes totalitarios, la transplantaron en otra parte, injertándola en distintas culturas, remodelando a estas últimas, creando nuevas síntesis, construyendo un mundo capaz de reconocer su unidad en su propia diversidad, un mundo donde las diferencias nunca son irreductibles, donde siempre se puede captar algo de uno mismo en los otros y enriquecerse junto con ellos.

Nuestra percepción visual del exilio está hecha de imágenes contradictorias que superponen miseria y esplendor, tragedia y felicidad. Pensamos, por ejemplo, en las fotos de la llegada de los refugiados españoles a los campos del sur de Francia, en 1939, y en el retrato de Bertolt Brecht sonriendo, su eterno cigarro en la boca, rodeado de los rascacielos de Nueva York. Estas dos imágenes vehiculan una parte de verdad. Los exiliados siempre son desterrados, vagabundos que perdieron su mundo, es decir, sus bienes, su trabajo, su medio, sus costumbres, sus certezas, sus esperanzas y, a menudo, sus amigos. Sus retratos —basta con pensar en el ahora famoso de Benjamin tomado por Gisèle Freund, ella misma un artista expulsada de la Alemania nazi— revelan una inquietud profunda, traicionada por las miradas envueltas en un triste halo.

Los exiliados son también, tal como un Ulises moderno, viajeros. Ciertamente viajeros a la fuerza, pero viajeros a pesar de todo, sensibles, si no forzados, al descubrimiento y al enriquecimiento que se desprende de su encuentro con una nueva realidad. Algunos los han comparado con los “argonautas”, los héroes griegos que fueron a la Cólquide a conquistar el vellocino de oro.¹ El exi-

¹ M. Plessner, *Die Argonauten auf Long Island. Begegnungen mit Hannah Arendt, Theodor W. Adorno, Gershom Scholem und anderen*, Berlín, Rohwolt, 1995.

lio se transforma así en una suerte de *success story* hollywoodense, con su *happy end* asegurado, una aventura hecha de aclimatación, de integración, de éxito económico, de reconocimiento intelectual y de notoriedad pública. Un libro conocido sobre los escritores y los artistas alemanes refugiados en Estados Unidos se intitula *Exiled in Paradise*.² Pero allí se trata de la excepción que confirma la regla: el árbol que no deja ver el bosque. El exilio, escribía Adorno en *Minima moralia*, es “una vida mutilada”.³

Los textos reunidos en este libro tratan de aclarar algunos aspectos esenciales de la experiencia del exilio judeo-alemán, uno de los más significativos y, sin duda, el más rico en el plano intelectual del siglo xx. Un exilio de alcance bíblico, un éxodo gigantesco que supera en mucho, a causa de sus dimensiones, al de los judíos de España, a partir de 1492, y al de los hugonotes, luego de la revocación del edicto de Nantes. Solamente podría compararse, en términos cuantitativos, al exilio de los republicanos españoles después de la Guerra Civil, y al de los rusos blancos después de la Revolución de Octubre. Entre 1933 y 1938, serán más de 450,000 judíos de lengua alemana los que abando-

² A. Heilbut, *Exiled in Paradise. German Refugees Artists and Intellectuals in America from 1930's to the Present*, Nueva York, Viking Press, 1983.

³ Th. W. Adorno, *Minima moralia. Réflexions sur la vie mutilée*, París, Payot, 1991.

narán la Europa Central nazificada [*nazifié*], nueve décimos del exilio alemán en su globalidad.⁴ La preeminencia científica adquirida por las grandes universidades americanas después de la Segunda Guerra Mundial le debe mucho al aporte de estos exiliados. Los historiadores han hablado, a propósito de esto, de un verdadero desplazamiento del eje del mundo occidental de un lado al otro del Atlántico.⁵

Los ensayos de esta colección están dedicados a autores que han elaborado en el plano filosófico, sociológico y literario su condición de exiliados: la vida de bohemia obligada o por vocación, el cosmopolitismo del *patriota de hotel*, la relación con el mundo al modo de la extraterritorialidad, en fin, la “acosmia”, que a menudo no es sino el reverso del “amor por el mundo”. Dos capítulos abordan

⁴Sobre la historia del exilio judeo-alemán, la obra de referencia sigue siendo Herbert H. Strauss (ed.) *Jewish Immigrants of de Nazi Period in the USA*, Munich, Saur, 1987, 6 vols. Para un enfoque global del exilio intelectual alemán en la época del nazismo, cf. Jean-Michel Palmier, *Weimar en exil*, París, Payot, 1988, 2 vols., y Horst Möller, *Exodus der Kultur. Schriftsteller, Wissenschaftler und Künstler in der Emigration nach 1933*, Munich, C. H. Beck, 1984.

⁵Cf. H. St Hugues, *The Sea Change. The Migration of Social Thought 1930-1965*, Nueva York, Harper & Row, 1975; L. Coser, *Refugee Scholars in America. Their Impact and Experience*, New Haven & Londres, Yale University Press, 1984; E. Böhne, W. Motzkau-Valeton (Hrsg.), *Die Künste und die Wissenschaften im Exil 1933-1945*, Gerlingen, Lambert Schneider, 1992.

una dimensión privilegiada de esta experiencia intelectual del siglo XX: el intercambio epistolar, verdadero espejo del universo interior de los exiliados. Una muy vasta literatura, particularmente enriquecida en el curso de los dos últimos decenios, ha vuelto a trazar la historia del exilio judeo-alemán. Yo sólo abordo en este libro la dimensión intelectual, a través de algunas figuras, ciertamente importantes, sin embargo elegidas de forma subjetiva, según mis gustos y afinidades, en el seno de una inmensa constelación. Figuras irreductibles, a semejanza de todo pensador o escritor, que no obstante por sus escritos abren ventanas hacia una experiencia más vasta que su recorrido de vida, que nos ayudan a descifrar los enigmas de una época. Lo que he descubierto en los intelectuales judeo-alemanes de los años 1930-1940, es lo que denomino el “privilegio epistemológico del exilio”: los exiliados, en tanto extranjeros, desarraigados y marginales, pueden escapar a numerosas coacciones—institucionales, políticas, culturales, psicológicas—que se desprenden de un contexto nacional en el cual están insertos sin pertenecer a él. Esta mirada algo desfasada, puede volverse una ventaja: permite ver lo que otros no ven. Este “privilegio” ya había sido teorizado por Georg Simmel, en el comienzo del siglo, cuando él definía al *extranjero* (*Fremde*), por oposición al simple viajero, como “el huésped que se queda”: una figura de la alteridad que no cesa de confrontar dos culturas, la suya y la

del país que lo acoge.⁶ Por la mirada a la vez interna y externa que tiene de la sociedad, el extranjero está mejor posicionado para tener una visión crítica, anticonformista, que escapa a las convenciones y a las ideas aceptadas. Evidentemente, esto no quiere decir que todos los exiliados sean, por definición, lúcidos. Sin embargo, el exilio crea la condición de esa mirada otra que puede ser particularmente penetrante. Durante la Segunda Guerra Mundial, sobre todo son los exiliados quienes vieron y pensaron Auschwitz.⁷

Los exiliados sobre los que trata este libro eran *judíos no-judíos*. En un estudio hoy olvidado, Isaac Deutscher presentaba así la tradición de los intelectuales que, excluidos y desterrados en tanto judíos, rechazaban toda forma de nacionalismo y se identificaban a una comunidad humana universal; ellos no querían renegar de sus orígenes sino superarlos.⁸ Ellos aparecían, en

⁶ G. Simmel, "Exkursus über den Fremden" en Almut Loycke (Hrsg.), *Der Gast der bleibt. Dimensionen von Georg Simmel Analyse des Fremdseins*, Frankfurt/M, París, Campus, Éditions de la Maison de Sciences de l'Homme, 1992, pp. 9-16 (tr. fr. en G. Simmel, *Sociologie*, París, Presses Universitaires de France, 1999).

⁷ Es lo que traté de mostrar en E. Traverso, *L'Histoire déchirée. Essai sur Auschwitz et les intellectuels*, París, Éditions du Cerf, 1997 [Trad. esp. Herder, 2001].

⁸ I. Deutscher, *The Non Jewish Jew*, Londres, Oxford University Press, 1968 (tr. fr. "Le juif non-croyant", en *Essais sur le problème juif*, Payot, París, 1969).

muchos aspectos, como la encarnación ideal-típica de los “ciudadanos del mundo”, cosmopolitas no solamente por su mentalidad, temperamento y sensibilidad, sino por su propia experiencia de vida, a caballo entre varios países —a veces varios continentes—, lenguas y culturas. Su cosmopolitismo se define en términos de movilidad, de intercambios, de transferencias culturales, de circulación de ideas. Su *campo de experiencia*, podría decirse con Reinhardt Koselleck,⁹ se sitúa entre el *Shtetl* de la Europa Oriental y Berlín, Viena, París y Nueva York, entre la religión y el mundo secular, entre la guerra y la revolución, entre la democracia y el fascismo, entre el mundo de antes de 1914 y, para algunos, el de después de 1945, entre Europa y América. Su *horizonte de espera* es tan vasto, entre la simple supervivencia y la utopía de un mundo nuevo, otro. *Grenzgänger* por vocación, son intermediarios [*passeurs*] entre las disciplinas, en el entrecruzamiento entre literatura y filosofía, historia y política. En resumen, todo los designa como “ciudadanos del mundo”, pero esta definición sólo puede ser retenida si se los considera en su calidad de miembros de un mundo utópico sin fronteras que sería la antítesis

⁹ R. Koselleck, “‘Champ d’expérience’ et ‘horizon d’attente’: deux catégories historiques”, *Le Futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*, París, Éditions de l’École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1990, pp. 307-329.

exacta del mundo en el que vivieron. Están lejos de encarnar el derecho cosmopolita en el sentido kantiano, puesto que han perdido su nacionalidad, son apátridas, parias. Estos *Weltbürger* [ciudadanos del mundo, n. de la t.] son en realidad *Weltilose*, “hombres sin mundo”, confinados a una condición de “falta de mundo” o de “acosmia”, como lo recalca Hannah Arendt en una reflexión sobrecogedora que revela rasgos autobiográficos evidentes.

Estos intelectuales judíos eran sólo una pequeña parte de la enorme masa de exiliados que escapaban de la Europa presa del fascismo, a lo largo de los años treinta. Las fotos, las cartas, los artículos de estos escritores desterrados, desarraigados y desplazados, nos sumergen en un tiempo caduco, en una Europa que no es más, en un continente deglutido por la historia. Y sin embargo, ellos tienen algo extrañamente actual, que entra en resonancia con nuestro presente. Un ejemplo bastará. Hace algunos años, cuando Alemania conoció una ola xenófoba, poco después de la reunificación, el gobierno federal decidió adoptar una ley restrictiva del derecho al asilo. Un diario berlinés, *Die Tageszeitung*, llenó su primera plana con fotos de exiliados alemanes de los años treinta, para recordar que en otro tiempo los mejores alemanes habían sido perseguidos, eran parias y buscadores de asilo, que Alemania había contraído una deuda moral y política con la historia, con su pasado y

sus víctimas, y que esta ley mostraba la voluntad de no pagarla. Con los acuerdos de Schengen, la Unión Europea se volvió un continente amnésico. Walter Benjamín hoy tiene su monumento en Port-Bou, sobre las rocas que penden sobre el mar, allí donde se suicidó después de una tentativa fracasada de cruzar clandestinamente la frontera española. Este monumento recuerda también, a su manera, a los miles de indocumentados que mueren cada año al tratar de llegar a las costas españolas, a menudo huyendo de países africanos arrasados por las guerras y la violencia, o los miles de clandestinos cuyos cadáveres se recogen en las costas del sur de Italia, huyendo, ellos, de otras guerras, de otros fascismos.

En suma, el exilio judeo-alemán es sólo una página de la historia sin fin de la miseria del mundo. Pero su resonancia en el presente también es de orden intelectual. La cultura y la sociedad americanas fueron trastornadas y transformadas por la llegada de refugiados europeos, que hicieron la primacía de Estados Unidos en varios dominios científicos, introdujeron nuevas disciplinas, rompieron los códigos de un mundo académico provinciano reservado a la élite *waspy*. El impacto del exilio judeo-alemán fue, desde varios aspectos, comparable a las metamorfosis que están conociendo hoy los campus americanos con el surgimiento de una nueva élite intelectual salida del subcontinente indio, del Extremo Oriente, del mundo

árabe, de América Latina, de eso que en otro tiempo se llamaba el tercer mundo. Ciertamente no se trata de hacer de Adorno y de Horkheimer los precursores de los *Subaltern Studies* y del multiculturalismo —su mirada estaba orillada hacia una Europa abrasada, su pensamiento estaba completamente atrapado por el Apocalipsis que arrasaba a Occidente—, sino de reconocer la homología de posición, tal vez una afinidad electiva. Basta con pensar que, al día siguiente de la Primera Guerra Mundial, aún era inconcebible que un judío pudiese enseñar literatura inglesa en Princeton o Yale. Sin duda la llegada de historiadores de la literatura tales como Eric Auerbach, Leo Spitzer y Leo Löwenthal, en los años cuarenta, es la que prepara el terreno para el surgimiento, algunas décadas más tarde, de figuras como Edward Said y Gayatri Chakravorty Spivak. Igualmente, la crítica de la personalidad autoritaria y del totalitarismo realizada por Adorno, Arendt y Marcuse, al final de la Segunda Guerra Mundial, quizás creó, indirectamente, treinta años más tarde, las condiciones favorables para la emergencia del feminismo, de los *Gender Studies* y del multiculturalismo. No es una filiación, es un encadenamiento, una acumulación de estratos en la geología de la historia intelectual en la cual el exilio ha sido un eslabón esencial.

Un autor siempre pone una parte de sí mismo en sus libros. La obra que presento en estas líneas es una colección de estudios sobre el exilio judeo-ale-

mán, escritos por un italiano que vive en Francia y escribe en francés, que no es judío ni de lengua materna alemana. Quiero pues precisar la afinidad y a la vez la distancia que mantengo con mi objeto de investigación. En un bello ensayo titulado "Reflections on Exile", Edward Said, crítico americano de origen palestino, estableció una distinción entre el expatriado y el exiliado.¹⁰ Yo entro en la primera categoría. Sólo he conocido el aspecto positivo del exilio: el del descubrimiento, de la exploración. No he vivido la *falta de mundo* que define la experiencia cotidiana del exiliado forzado, que ha sido brutalmente arrancado de su medio y proyectado a otra parte. Es pues, con una mirada mucho más histórica y una empatía en la distancia más bien, que una identificación emocional inmediata, como he leído a Adorno, Benjamin, Krauer, Roth o Arendt. Esto no es, creo, una mirada fría; es el enfoque que nace de la discordancia de los tiempos.

Escritos entre 1996 y 2002, estos ensayos están aquí reunidos por primera vez. Considero pues este libro, en cierto modo, como una edición original. Esta empresa no hubiera sido posible sin el aliento, el apoyo y las sugerencias de Esther Cohen, quien me hizo el honor de acogerlo en su bella co-

¹⁰ E. Said, "Reflections on Exile", *Reflections on Exile and Other Literary and Cultural Essays*, Londres, Granta, 2001, p. 181.

lección *Ejercicios de memoria*, del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Quisiera aquí agradecerle, considerando este libro un testimonio de nuestra amistad “extraterritorial”.

Enzo Traverso
julio-septiembre de 2003

El capítulo 1, "De la Emancipación al exilio. El cosmopolitismo de los judíos alemanes", ha sido publicado en la *Revue de Synthèse*, París, 2002, n° 3 / 4. El capítulo 2, "Bohemia, exilio y revolución. Notas sobre Marx y Benjamin", se publicó en Jean-Marc Lachaud (ed.), *Art, culture et politique. Actes du Congrès Marx International II*, Presses Universitaires de France, París, 1999, pp. 9-28 (traducción inglesa en *Historical Materialism*, Londres, 2002, n° 10, pp. 123-153; traducción española en *El Rodaballo*, Buenos Aires, VIII, 2002, n° 14, pp. 71-81). El capítulo 3, "La Europa sin patria: Joseph Roth", ha sido publicado en Alain Fenet, Jacqueline Lévi-Valensi (eds.), *Le roman et l'Europe*, Presses Universitaires de France, París, 1997, pp. 307-318. El capítulo 4, "Adorno y Benjamin: una correspondencia a media noche en el siglo" apareció como una introducción a la *Correspondance Adorno-Benjamin 1928-1940*, La Fabrique, París, 2002, pp. 7-14. El capítulo 5, "Hannah Arendt epistolar" está editado en *La pensée dispersée. Figures de l'exil judéo-allemand*, Lignes, París, 2004. El capítulo 6, "Bajo el signo de la extraterritorialidad: Kracauer y la modernidad judía", apareció en Nia Perivolaropoulou, Philippe Despoix, Joachim Umlauf (eds.), *Culture de masse et modernité. Sigfried Kracauer sociologue, critique, écrivain*,

Éditions de la Maison de Sciences de l'Homme,
París, 2001, pp. 212-232. Los capítulos 2, 4 y 5
fueron retomados de ese mismo libro.